

20 de noviembre de 2022
SOLEMNIDAD DE CRISTO, REY DEL UNIVERSO



LECTURAS

2 Sm 5,1-3: En aquellos días, todas las tribus de Israel fueron a Hebrón a ver a David y le dijeron: «Somos de tu misma sangre; ya hace tiempo, cuando todavía Saúl era nuestro rey, eras tú quien dirigías las entradas y salidas de Israel. Además el Señor te ha prometido: "Tú serás el pastor de mi pueblo Israel, tú serás el jefe de Israel."» Todos los ancianos de Israel fueron a Hebrón a ver al rey, y el rey David hizo con ellos un pacto en Hebrón, en presencia del Señor, y ellos ungieron a David como rey de Israel.

Sal 121: ¡Qué alegría sentí cuando me dijeron: "Vayamos a la casa del Señor"! Y hoy estamos aquí, Jerusalén, jubilosos delante de tus puertas. A ti, Jerusalén, suben las tribus, las tribus del Señor, según lo que a Israel se le ha ordenado, para alabar el nombre del Señor. Por el amor que tengo a mis hermanos, voy a decir: "La paz sea contigo". Y por la casa del Señor, mi Dios, pediré para ti todos los bienes.

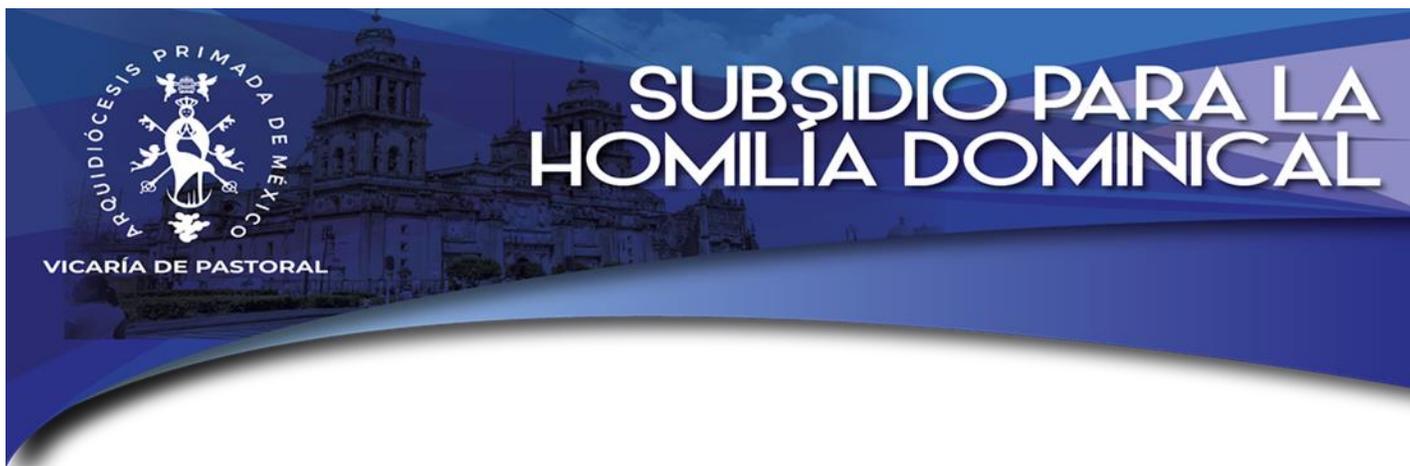
Col 1,12-20: Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero



en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.

Lc 23,35-43: Cuando Jesús estaba ya crucificado, las autoridades hacían muecas a Jesús, diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.» Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.» Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: «Éste es el rey de los judíos.» Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.» Pero el otro lo increpaba: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada.» Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.» Jesús le respondió: «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.»





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

SOBRE UN REY Y UNOS SÚBDITOS UN TANTO DIFERENTES

Hoy celebramos la solemnidad de Cristo Rey y con ella termina el año litúrgico. Y la pregunta obligada es acerca del significado regio de Jesús y las repercusiones que esto tiene para aquellos que nos decimos discípulos del Nazareno. Todas las lecturas que hoy se nos proclaman tocan el tema del reino/reinado de Cristo desde diversos ángulos que, en conjunto, nos aportan una visión global de dicha realidad.

2 Sm nos relata la visita multitudinaria que las tribus israelitas realizan a la ciudad de Hebrón para encontrarse con David. El objetivo de la visita es reconocerle como su rey y hacer un pacto con él. Hay que aclarar el significado de la expresión "somos de tu sangre" con la que saludan las tribus al joven betlemita. La sangre significa, en primer lugar, la indefectible relación solidaria de una familia, pero esta relación no es exclusiva de los consanguíneos genéticamente determinados, sino que se abre –siempre en la mentalidad semita- a todos aquellos que se adhieran mediante un pacto de comunión a la tribu, o en este caso, al rey en cuestión.

Reconocerse "de la misma sangre" es determinar radicalmente que los destinos se unen, a partir de ahora y para siempre, que los caminos se funden en uno solo, en un mismo proyecto de vida. Si se le dice a un rey, esto significa que sus disposiciones –sobre todo pastorales- serán acatadas sin discusión. Desde luego que no es servilismo ni obediencia acrítica, es reconocimiento del carisma con que Dios ha dotado al rey, puesto que en aquella mentalidad, el rey es ungido de Dios, prefigura mesiánica. Ese carisma permite al soberano discernir en los signos de los tiempos cuál es la voluntad de Dios con respecto



al pueblo y saber elegir el camino correcto que lleve a profundizar la relación de comunión pueblo/Dios.

De entre todos los monarcas israelitas David se destacó por su sabiduría y atinada conducción política y con el tiempo –siempre los muertos acaban convirtiéndose en seres legendarios y míticos- llegó a ser el símbolo del monarca justo y obediente a Dios. Cuando le sucedieron otros monarcas que dejaron mucho que desear –salvo sus honrosas excepciones, como el santo rey Josías que llevo a cabo la renovación religiosa de Israel, aproximadamente en el 622 a.C-, David se constituyó en el prototipo mesiánico esperado para los tiempos finales. Por ello, algunos escritores cristianos no tuvieron problema en identificar a Jesús con este personaje y lo presentaron como el nuevo David pero dándole un matiz teológico original: Sí, Jesús es Rey/Mesías, pero es rey y mesías distinto, que lleva a plenitud inimaginable lo que en David se prefigura apenas. Sobre todo, el N.T elimina todo el tinte político de emancipación por medio de la violencia militar al título davídico dado a Jesús.

El **Salmo 121** nos aporta una intuición teológica fundamental que muchos siglos después será retomada fuertemente por la tradición teológica vinculada al evangelista Juan: “La casa de Dios”. La casa es un referente relacional Dios/pueblo con profunda significación emotiva. Dios quiere formar una “casa”, una familia en donde él es el Padre y el pueblo es su hijo. Jerusalén –símbolo del pueblo- es declarado “casa de Dios”. En el fondo, la “teología de la casa” es profundamente revolucionaria y contestataria para una estructura religiosa cultica en la que el templo es el Lugar de la Presencia. Ahora se espera una dinámica existencial, de contacto y relación personal y comunitaria. Es en la fatigosa relación con los otros donde se genera el espacio para la alabanza al Señor, allí se encuentra la plenitud creacional – la paz o Shalom-. La “teología de la casa” es el antídoto perfecto para evitar la espiritualidad de “*fuga mundi*” que desvincula la fe del encuentro con los demás.

Según **Colosenses** la acción prodigiosa de Dios saca al hombre de la ignorancia/tiniebla para introducirlo en el Reino de Cristo que es conocimiento de la verdad/luz. Lo característico de este Reino es que ha sido forjado con la sangre del Hijo amado de Dios. Y aquí se hace necesario aclarar que cuando Pablo habla de “la sangre de Cristo” no piensa en una especie de elemento mágico, sino en la vida entregada de Cristo por amor a los hombres, entrega que, en efecto, se hace visible y adquiere su mayor densidad en la cruz del Gólgota, pero que ya actuaba eficazmente en el abrazo al leproso o en el banquete con las prostitutas y publicanos, en el gesto profético de denunciar la corrupción religiosa del templo o en el lavatorio de los pies.

Aquellas palabras del libro de Samuel “somos de tu misma sangre” adquieren ahora una nueva dimensión si son interpretadas desde Cristo. La sangre de Cristo, al mismo tiempo que nos empodera y nos permite entrar en su reino mesiánico, asume plenamente nuestra condición humana, a tal grado que nuestra sangre ya es “su sangre” y su sangre ya es



“nuestra sangre”. Pero esto, al mismo tiempo que nos maravilla, nos impele, nos mueve a ser en el mundo verdaderamente “su sangre”, savia vivificante y transformadora para el mundo, sangre/vida entregada en el desgaste cotidiano del amor fracasado, en el servicio más ínfimo, aquel que nadie nota ni mucho menos agradece. Esto me recuerda – y perdonen Ustedes mi digresión- una anécdota sucedida hace poco con ocasión de una Misa en la cual nos unimos al sacrificio de Cristo para suplicar al Padre por la salvación de mi padre, hace ya varios años fallecido.

Una persona hace el siguiente comentario a mi hermana: “¿y tu marido? ¿Por qué no vino? ¿Pues no que quería mucho a su suegro?”. Recuerdo a mi cuñado –nada religiosamente ortodoxo por cierto- al lado de la cama de hospital en la que yacía mi padre, extrayendo con paciencia e infinito amor las excreciones que le ahogaban...comentario estúpido de alguien...vida entregada, servicio oblativo... “somos de tu misma sangre”

Lucas nos presenta en un cuadro dramático las dos posibles reacciones humanas ante el Rey que proclamamos los cristianos. Por un lado están – y muchas veces, hay que aceptarlo, “estamos”- los que se burlan porque no conciben que un perdedor crucificado pueda ser el Soberano que rija los destinos de los hombres. Y me parece que muchos estamos en esa posición, miramos a Jesús desde el suelo, lo vemos colgado del madero y con nuestras acciones le gritamos blasfemamente: ¡si eres el Mesías, baja de una buena vez de esa cruz y acude presto a darme lo que necesito! Y solamente sabemos darle vinagre (amor corrompido, odio) cuando su sed solo puede ser calmada con el amor que responde al Amor. Nosotros solamente sabemos dudar: ¿serás tú el elegido? ¿Aquél que puede salvarnos de nuestras miserias, de nuestros miedos, de nuestra cobardía? Y por nuestra propia tranquilidad anhelamos que se salve a sí mismo, es decir, que se baje de esa cruz y nos muestre el auténtico camino de la dicha, ese camino que no pasa por la aldea del sacrificio o por el pueblo del servicio, sino que lleva derechamente a la ciudad feliz del egoísmo.

Pero cabe también la rarísima posibilidad de que los hombres respondamos diciendo ante la contemplación del rey crucificado: ¡acuérdate de mí cuando entres en tu reino!, es la respuesta del que se reconoce culpable ante el inconmensurable amor del que cuelga de la cruz para salvarnos y se acoge a la misericordia infinita del que lo ha entregado todo para después recogerlo todo y entregarlo en las manos de su Padre. Eso somos, ladrones colgados por nuestros delitos, pero siempre crucificados al lado de Jesús que ocupa el lugar que no le corresponde, pero que ocupa por causa nuestra. Y esto podemos ser; ladronzuelos que imploran por ser recibidos en el reino del Hijo, seguros de que aquel que se ha entregado para redimirnos de nuestras culpas no podrá responder otra cosa que «*Amén, amén, de cierto te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso*».

No cabe duda, tenemos un Rey un tanto diferente, y estamos llamados a ser unos súbditos, también, un tanto diferentes, pero... ¿no es eso acaso lo que espera el mundo de nosotros?

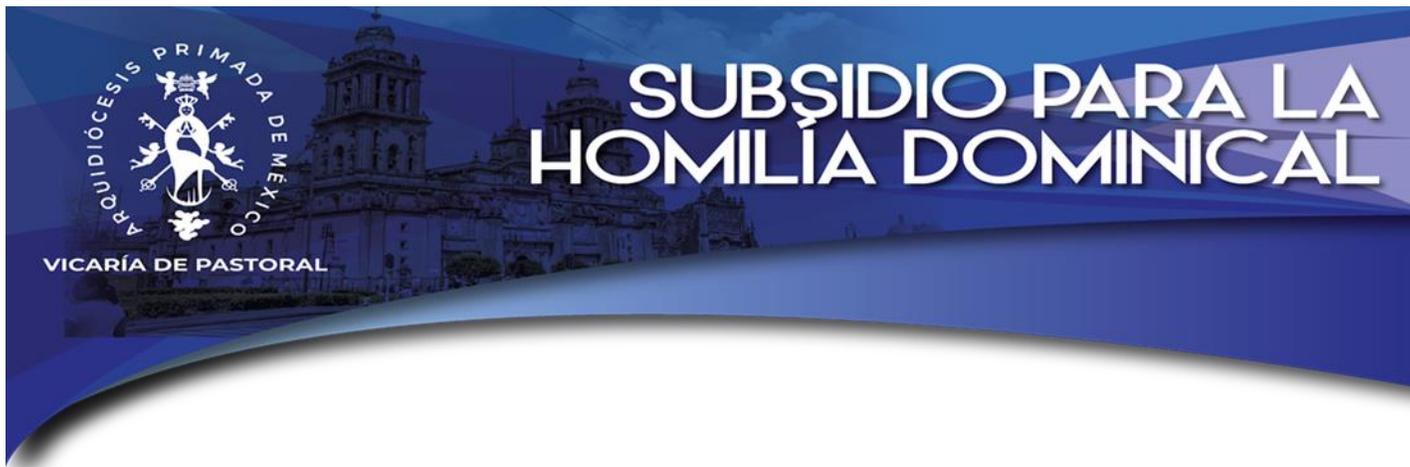




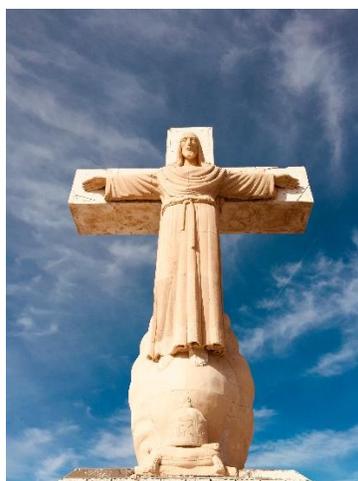
SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- “Somos de tu misma sangre” le dicen los israelitas a David cuando va a tomar el poder como rey. Con esto le están diciendo que le reconocen y aceptan como aquel que regirá legítimamente sus vidas. Para el cristiano, Jesús es el único Rey.
 - ✓ ¿Qué significaría, concretamente, en tu contexto de vida decirle a Jesús “somos de tu misma sangre”?
- Hemos recibido la redención , la salvación, la vida plena y definitiva por la sangre entregada del Hijo de Dios. Su vida divina entregada por amor nos hace también hijos y herederos del Reino.
 - ✓ ¿Qué aspectos de tu persona deben cambiar para recibir dignamente el don de la vida entregada de Cristo?
- Jesús, está en la cruz, con terribles sufrimientos causados por sus enemigos, por aquellos que no aceptan su mensaje porque pone en evidencia su modo de vivir, contrario a la voluntad amorosa y liberadora de Dios. Y no obstante, su corazón amante se manifiesta pletórico de perdón ante el arrepentimiento del que sufre el tormento a su lado.
 - ✓ ¿Qué actitud tomas tú ante el sufrimiento?
 - ✓ ¿Te lamentas y maldices o buscas la misericordia de Jesús?
 - ✓ ¿En medio del sufrimiento eres capaz de voltear la mirada hacia los que sufren y darles un mensaje de esperanza y fe?
 - ✓ Te proponemos que dediques un momento de oración durante la semana para, simplemente, contemplar a Jesús en la cruz. Míralo con amor, en silencio y adoración y pon ante él todas tus tribulaciones y sufrimientos.





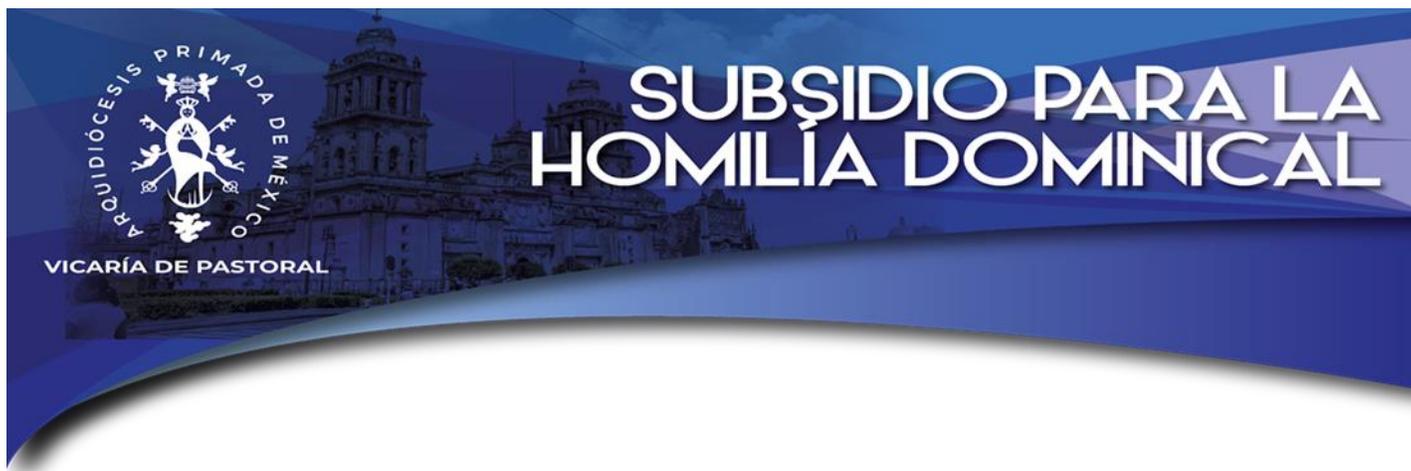
CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto: “Viva Cristo rey” (Jésed).

<https://www.youtube.com/watch?v= QXfJOmFSEY>





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA

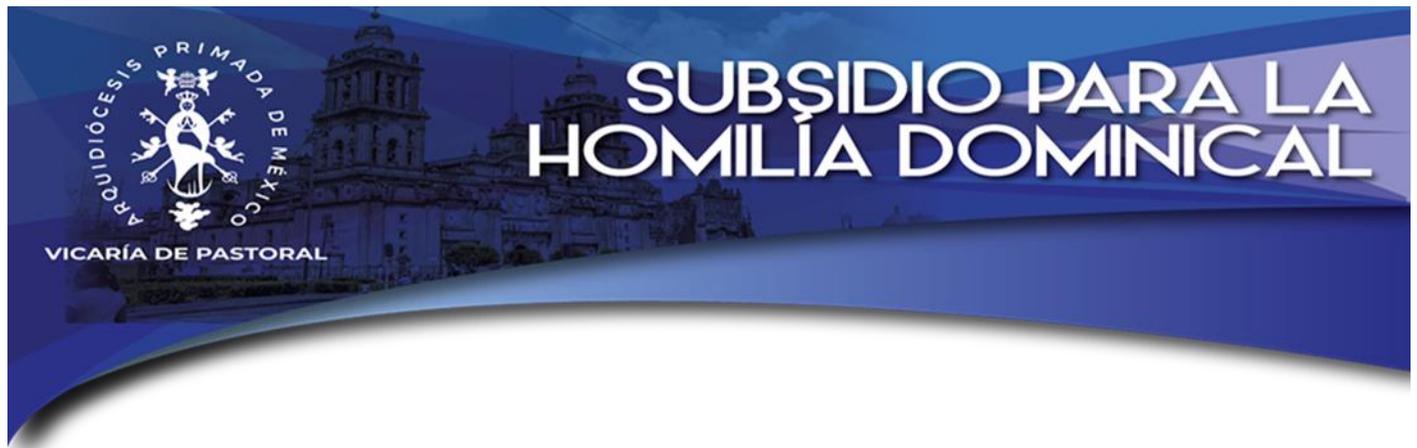


Homilía Papa Francisco

Cierre Año de La fe 2013 Cristo Rey

<https://youtu.be/3RhyV7qT0YM>





ECOS DE LA PALABRA

DESDE LA DIMENSIÓN DE CATEQUESIS

Jesús nos abre las puertas del Reino de Dios

Hoy terminamos el año litúrgico del Ciclo C, durante este tiempo hemos leído al evangelista san Lucas. Las lecturas de hoy centran su mensaje en el Reino de Dios, hacen la diferenciación entre los reyes que vivieron en el pasado y el gran Rey que vendría. Escuchamos cómo se encontraron con el rey David, y cómo manifestaban su unión con él.

Hace poco tiempo murió la reina Isabel de Inglaterra, al morir ella, la sucedió otra persona en el trono, ahora el rey de Inglaterra es el Rey Carlos III, así como en ese país existen otros reinados en otros países del mundo. ¿Por qué hacemos referencia a estos reyes? Para que podamos entender que Jesús no es un rey como los terrenales. Estos son reyes temporales, acumulan poder y riqueza.

Jesús hoy nos confirma que su reino no es de este mundo. En el Evangelio escuchamos que otra persona que estaba crucificada en el mismo lugar y en la misma hora, sabe que está siendo juzgada a causa de sus malas decisiones; sin embargo, sabe que Jesús es capaz de brindar consuelo y esperanza en los momentos de sufrimiento y que, tiene un amor que incluso en medio del propio dolor que él está viviendo, es capaz de perdonar y de llenar de esperanza. Este es el Jesús el Rey, el que ha venido a enseñarnos que la realeza debe ser sinónimo de servicio.

Jesús es el Rey servidor, el que lava los pies de sus hermanos, el que da de comer a los hambrientos, el que ama a los “descartados” de la sociedad, el que va a donde están los



pobres y les lleva esperanza y fortaleza. Jesús es el Rey que nos enseña a vivir con amor. Les invito a vivir como reyes, es decir, sirviendo a los demás con amor, así como lo hizo nuestro Rey, Jesús, el Hijo de Dios, que dio su vida para salvarnos de los pecados.





ECOS DE LA PALABRA

DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

Querido adulto mayor: ¿Tienes algún momento en la semana para orar en silencio, a solas con Jesús? Al estar en silencio con Cristo puedes contemplarlo en la cruz, recuerda que Jesús supo, y pudo, ver a aquel que sufría el tormento a su lado; tuvo el corazón, la caridad y la compasión para perdonar ante el arrepentimiento del que sufría, olvidándose de su propio tormento y del sufrimiento ocasionado por sus enemigos.

Cada vez que miramos la cruz y a Cristo clavado en ella, nosotros los católicos, querido adulto mayor, debemos reflexionar acerca de la actitud que tenemos ante el sufrimiento. Tengo otra pregunta para ti: ¿Cuando sufres lamentas y maldices, culpas a Dios de tu sufrimiento? Jesús nos enseñó cómo actuar en pleno sufrimiento, volteando la mirada hacia los que sufren, dándoles un mensaje de esperanza, fe y caridad. Te invito a que reflexiones acerca de tu reacción cuando vives alguna situación dolorosa. Que Cristo Rey te acompañe en tu dolor y que seas capaz de ver su rostro cuando otros sufren.

Como familia católica nos hemos propuesto orar juntos una vez al día. Le dedicamos a Dios unos minutos de nuestra existencia diaria, para agradecer lo que tenemos y lo que no tenemos, para reconocernos como sus hijos, para contemplarlo en silencio y adoración. La oración dirigida a Dios y contemplando a Jesús en la cruz nos hace recordar que deberíamos seguir su ejemplo, Cristo fue capaz de voltear a ver al otro con misericordia por su sufrimiento en medio de su propio dolor y tormento. ¿Qué mejor ejemplo que el de Jesús? Invitamos a los padres y madres de familia a que tengan un momento de oración como familia en algún momento del día.



Les invitamos a que juntos, en familia, lo contemplan en silencio y adoración y que pongan ante él todas sus tribulaciones y sufrimientos.

¡Que viva Cristo Rey!

